

A **K** *dem* Conferencias

A **O** **S**

HABLAR CON UN PAPEL

Alberto Barrera Tyszka

Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

Un acercamiento a lo que podría llamarse *la experiencia literaria*. Una aproximación a la escritura, como oficio y como forma de vida, pensada y analizada desde la vida personal, desde la construcción de una intimidad. Un intento de registro del proceso de iniciación en el lenguaje, entendido fundamentalmente como escritura, es decir, como constante ejercicio de lectura y de reelaboración de la lectura. El testimonio, más o menos sistematizado, del tránsito, o del vaivén, entre la vocación y la profesionalización de la escritura, tratando de rozar alguna de las aristas del desafío que significa vivir de escribir: la anunciada muerte del libro y de los lectores, la expansión de la cultura iconográfica, el consumo de escritura frente al dominio del espectáculo visual.

Palabras clave: escritura, lectura, libro.

ABSTRACT

SPEAKING WITH A PIECE OF PAPER

A look at what might be called *the literary experience*. An approach to writing as a profession and way of life, thought and analyzed from personal life, from the construction of intimacy. An attempt to record the process of initiation to language, understood primarily as writing, that is, a constant exercise in reading and re-elaborating reading. The testimony, more or less systematized, from the passage, or constant movement between the gift of writing and professionalization, trying to touch the edges of challenge resulting from living out of writing: the announced death of books and readers, the expansion of the culture of iconography, the use of writing against the dominance of visual spectacle.

Key words: writing, reading, book.

RÉSUMÉ

PARLER AVEC UN PAPIER

Ceci est une approche à ce que l'on pourrait appeler *l'expérience littéraire*. Une approche à l'écriture comme métier et style de vie, considérée et analysée depuis la vie personnelle, depuis la construction d'une intimité. Il s'agit d'une tentative de registre du processus d'initiation au langage, entendu fondamentalement comme écriture, c'est-à-dire, entendu comme exercice constant de lecture et de réélaboration de la lecture. Ceci est le témoignage, plus ou moins systématisé, du parcours, ou plutôt du va et vient, entre la vocation et la professionnalisation de l'écriture tout en essayant de toucher quelques aspects du défi qui implique le fait de vivre de l'écriture: la mort annoncée du livre et du lecteur, l'expansion de la culture iconographique, la consommation de l'écriture face au spectacle visuel.

Mots-clé: écriture, lecture, livre.

RESUMO

FALAR COM UM PAPEL

Um acercamento ao que poderia ser chamado *a experiência literária*. Uma aproximação à escritura, como ofício e como forma de vida, pensada e analisada desde a vida pessoal, desde a construção de uma intimidade. Uma intenção de registro do processo de iniciação na linguagem, compreendido essencialmente como escritura, ou seja, como constante exercício da leitura e de reelaboração da leitura. O testemunho, mais ou menos sistematizado, da passagem, ou do vaivém, entre a vocação e a profissionalização da escritura, tentando tratar o tema do desafio que significa viver da escritura: a anunciada morte do livro e dos leitores, a expansão da cultura iconográfica, o consumo de escritura perante o domínio do espectáculo visual.

Palavras chave: escrita, leitura, livro.

I. LA PALABRA *LIBROS**

Mi padrino era un hombre divertido, hablador, muy ruidoso. Había establecido amistad con mis padres durante la lucha en contra de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, a finales de la década de los cincuenta. Mis recuerdos de él son más bien vagos, difusos, a excepción de uno, de una noche. Acabo de cumplir dieciocho años, estoy por terminar el bachillerato. Mi padrino está de visita en casa. Bebe un trago, protagoniza la conversación, comenta sobre las circunstancias del país, opina de todo. De pronto, me observa, como si en ese instante reparara en mi presencia, y me pregunta a quemarropa qué carrera universitaria he elegido, qué quiero estudiar. *Letras*, contesto, con cierto orgullo. Mi padrino traga una pausa y, antes de soltar una risotada, exclama: *Solo espero que sean letras de cambio.*

Mi memoria ha juntado, alrededor de esta anécdota, algunas de las percepciones que podía manejar el mundo adulto sobre la literatura. Ahí estaba nítidamente dibujada la primera gran sospecha que siempre se asoma ante cualquier joven que crea que los libros son algo más que libros, que los libros también pueden ser una forma de vida. Y utilizo la palabra *libros* de manera muy puntual, deliberada. Porque gran parte de mi experiencia literaria está fundada, justamente, a partir de la palabra escrita y leída. Tal vez esto resulte venial, pero es un detalle que me interesa, sobre todo en este país, donde el poder de la oralidad es tan inmenso.

En sus *Cartas credenciales*, por poner un ejemplo, Alejandro Rossi (1999) ubica el nacimiento de su vocación, de su fascinación por las palabras, en un jardín de Caracas, en tardes llenas de calor y de verdes, siendo apenas un niño, sentado en una mecedora, escuchando los cuentos de la empleada de la casa. En la imagen más lejana que yo poseo está mi madre en el borde de una cama con un libro abierto sobre las rodillas. Para mí, ella no cuenta; ella lee. Puedo incluso, todavía, sentir cómo crujen las hojas, el suave ruido del paso de una página a otra. También recuerdo, de manera especial, los sábados en que mi padre, en el patio, nos leía en voz alta *los astrakanes*¹ de Aquiles Nazoa. En la dinámica

* Texto de la conferencia inaugural del primer semestre del año 2008, dictada el día 3 de abril de ese mismo año en la sede del Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.

¹ El autor se refiere al género astrakán o astracanada, esto es, un subgénero teatral cómico, cultivado en el primer tercio del siglo XX por Pedro Muñoz Seca (1881-1936). [N. de las Eds.].

familiar, los libros eran un circo, un lugar donde podía nacer el espectáculo. En el ámbito más íntimo, muy pronto, los libros también se convirtieron en mi manera más eficaz de huir de la casa. El descubrimiento de los libros, para mí, fue una suerte de milagro. Pero, como todos los milagros, resulta muy difícil de explicar. No se transmite por contagio. Cuando tratamos de contarlo, casi siempre nos ahogamos en adjetivos, en expresiones de entusiasmo trepidante, pero nada más. La experiencia de la lectura suele ser intransferible. Como el orgasmo.

Por un buen tiempo, en mi casa, los libros no tuvieron competencia. Yo provengo de una generación de familias que compraron su primera televisión en julio de 1969, para ver a Neil Armstrong dar brinquitos lentamente sobre la luna. Yo tenía nueve años. Por esas mismas fechas, a propósito del suceso, supongo, leí una versión ilustrada de *De la tierra a la luna*. Por supuesto que la novela de Julio Verne ([1865] 1969) me pareció más emocionante, y más realista, que los borrosos segundos de la televisión.

Desde muy temprano, la imaginación siempre tuvo esa puerta. El milagro de cualquier fuga tenía que pasar, necesariamente, por el cuerpo de los libros. Creo que esa experiencia iniciática me marcó de manera definitiva. Las palabras, para mí, son necesariamente un dibujo, una impresión, una forma que se puede seguir con los ojos. Son una raya, un trazo, un agujero, una lanza. Suenan porque ya existen en el papel o en la pantalla. Antes de estar en el aire, de pronunciarse, habitan otro espacio en el que sus huesos flexibles se han unido, han hallado su forma.

Hay, en este énfasis personal a favor de los libros, la tentación de una pugna soterrada con la oralidad. Cada vez me cuesta más reconocer –fuera de la escritura– alguna experiencia literaria.

El lenguaje es, sobre todo, al menos en mi caso, escritura. Yo pienso mejor cuando escribo, por no decir que solo escribiendo puedo pensar, que cuando hablo probablemente solo logro repetir, de mala forma además, algo que ya de seguro he escrito antes. Yo, incluso, hablo mejor cuando escribo (que es lo que espero estar haciendo en estos momentos). La oralidad es una improvisación, un ensayo continuo, lleno de hallazgos, tan notables como azarosos. Es una manera de estar en la cotidianidad, de relacionarse con los otros, de vivir con los demás sin destruirnos. Tiene un carácter funcional. Pero, para todo lo demás, yo prefiero la página. Solo en la palabra escrita puedo organizar, de manera más o menos satisfactoria y honesta, la curiosidad, el miedo, el dolor, la alegría ... La es-

critura y la lectura son acontecimientos donde se fragua la identidad. Escritura y lectura son actos de pronunciación, eventos de reconocimiento. “Un libro es un espejo. Si un mono se mira en él, no se reflejará ningún apóstol” (Lichtenberg, 2000, p. 215).

Probablemente, eso fue lo que quise decirle aquella lejana noche a mi padrino. Que me interesaban las historias que leía en los libros, que encontraba, en esa experiencia, algo fundamental, algo que me ayudaba a vivir. Me gusta un término que usa V. S. Naipaul. Al referirse a su temprano encuentro con la lectura, cifra, en ese momento, su vocación, y habla entonces del nacimiento de “la ambición” (2004, párr. 55) de ser escritor. Esas son las comillas que me interesan. *Ambición* es una palabra inquietante. Pasea su furia, su vehemencia, por todos los territorios. Con la misma facilidad, puede ser semantizada de manera positiva o negativa. Como el mejor de los deseos.

Y de aquí quiero saltar a otra cita. Hacia el final de su vida, en su libro de *Apuntes 1973-1984*, Elías Canetti anotó lo siguiente:

No puedo negar que me duele no ocuparme de los libros, tengo un sentimiento físico por ellos, de vez en cuando me sorprendo en diálogos de despedida con ellos. En los últimos tiempos han venido a añadirse libros completamente nuevos y valiosos, y la idea de que los he leído tan poco, casi nada, me da fuerzas. Con la mayor desenvoltura me digo en voz alta que estos libros aún sin tocar no dejarán que me vaya, quizá es ésta su función y ya ni siquiera espero que llegue a leerlos. [...]. Me duele pensar que los libros caerán en manos ajenas o que incluso se venderán, me gustaría que permanecieran donde están ahora y que yo pudiera visitarlos de vez en cuando sin ser visto, como un fantasma. (2000, p. 46)

Creo que entre esos dos puntos también transcurre eso que llamamos *experiencia literaria*. Entre esa incipiente ambición de escribir y ese fantasma que regresa a su biblioteca. Todo parte de la palabra escrita, todo vuelve a la palabra escrita. La vida sin los libros parece impensable, imposible.

2. UN ESCRITOR SERIO, UN INTELLECTUAL RESPETABLE

Volvamos ahora a aquella noche, a la noche cuando dije *Letras* y mi padrino reaccionó con un comentario ocurrente. En aquellos años, Arturo Uslar Pietri seguía siendo el emblema de escritor que tenía el país. Aun cuando ya existía la gran diversidad que se dio en la década de los setenta, socialmente Uslar era la representación viva más rotunda de aquello que las elites podían considerar un escritor serio, un intelectual respetable.

Quizás por eso mismo, Uslar Pietri me arrugaba el páncreas. Era algo que iba más allá, incluso, de sus narraciones. No toleraba su rol, su *performance*. Me resultaba profundamente provinciana su estampa semanal, en un programa de televisión, hablándole al público sobre los fenicios. Era tan predeciblemente *culto* que la música que identificaba el espacio eran las cuatro estaciones de Vivaldi. Uslar era el estereotipo del hombre de letras. Uslar era una marca. Uslar era el humanista que posee el saber y la elocuencia frente a la barbarie, frente a la desmesura tropical de las masas.

Ser escritor, de alguna manera, significaba ser casi un vínculo pedagógico en esa batalla entre el arte y la realidad. Siempre a favor del arte, por supuesto. En uno de los ensayos del libro *Al filo de la lectura*, Javier Lasarte Valcárcel lo expresa de la siguiente manera:

El artista será entonces el elegido, el gran trasmutador, el superhombre; la palabra y su mirada, los instrumentos que permitirán elevar epifánicamente tanto al escritor como a su lector cómplice hacia la verdad de lo eterno, fuera del deleznable contacto con lo cotidiano. (2005, p. 169)

Desde esta versión de la escritura, además, el oficio mismo, y su producto, los libros, adquirirían un carácter fundamentalmente instrumental. Recuerdo una entrevista televisiva donde, ante la clásica pregunta de *por qué escribe*, Uslar Pietri confesaba que desde muy joven él sentía que necesitaba expresar sus pensamientos, que tenía muchas cosas que decir. Después de analizar todas las posibilidades, decidió que la literatura era el medio idóneo para tal fin. Vista desde esta perspectiva, la escritura podía considerarse una decisión estratégica. Casi pasaba a ser una subtrama de la política, una herramienta más de un proyecto de educación, otro espacio al servicio del fin mayor: educar al pueblo, someter a Calibán, domesticar a los demás a través del reino de las *bellas artes*.

Obviamente, no se trataba de una pulsión personal de Uslar Pietri. Era parte de una vieja concepción que ya había vivido, en América Latina, sus décadas de gloria. Por suerte, la realidad era más compleja e irregular. *Por suerte*, digo, frente a esta idea vehicular de la literatura, despojada de placer y del tormento personal, condenada a trabucar la experiencia literaria en una sesión de higiene cultural, también se alzaban otros perfiles, otro tipo de escritores que, en más de un sentido, modernizaron y profesionalizaron la idea de la escritura y del trabajo intelectual que hoy tenemos. Pienso en gente como Adriano González León, como Salvador Garmendia, como José Ignacio Cabrujas, por citar tan

solo algunos de los escritores que fueron siendo nuevas referencias públicas, en esos años. Ellos no dejaron de tener evidentes relaciones con la sociedad, no se alejaron de esa naturaleza *ancilar* que —según Alfonso Reyes (1963)— define gran parte de nuestra literatura, pero lo hicieron de otra manera. Trasladaron al escritor al lugar de las preguntas, de las dudas. Se dejaron interrogar por *lo real*. Dinamitaron el heroísmo consagratorio que había convertido al escritor en un semidios de la historia, en un garante de la verdad de los pueblos. De alguna manera, ante mis ojos, ellos lograron que la figura del escritor —y el sentido mismo de la escritura— comenzara a pluralizarse, a volverse más pagana.

Esta noción terrenal de la escritura, y de los escritores, fue fundamental para mí. No me sentía a gusto con la idea de que el escritor es un ser especial, una *sensibilidad superior*; un elegido, señalado por las fuerzas del destino, para salvar a la tribu de su propia superficialidad. De hecho, vengo de una generación de escritores cuyo débil aporte a la literatura nacional tal vez sea, además, extra literario. La mayoría de nosotros —estoy pensando ahora en el grupo Guaire—,² de manera deliberada, casi como una propuesta cultural, defendió la idea de que el escritor no debía vivir del Estado. La mayoría de nosotros quisimos gerenciar nuestra existencia con la escritura, pero lejos de los ámbitos de lo público, de los entes oficiales, de la burocracia cultural. Hemos sido periodistas, redactores publicitarios, guionistas de telenovelas, asesores de imagen ... Quizás ahora, todo esto luce mucho más natural que en esos tiempos. Hace veinte años, cuando comencé a escribir diálogos para la televisión, una poeta me llamó a casa, sensiblemente preocupada: *No le vendas tu alma a Delia Fiallo*, dijo. Pero yo no tenía trabajo y mi hija Paula acababa de cumplir dos años: estaba dispuesto a venderle no solo el alma sino la rodilla, el hígado y las cuerdas vocales, a Delia Fiallo.

Ahora pienso que, en medio de ese debate, también estaban en juego algunas concepciones distintas sobre la literatura y sobre los libros. Todavía ahí se debatía, y no sé si todavía aquí se debate, la misma aprensión de lo artístico frente a lo real. Hay un canon de pureza que insiste en evaluar, con extraños parámetros, lo que es o no literatura o, en todo caso, lo que es o no buena literatura. Uno de los parámetros más típicos es el éxito. El éxito como eterno generador de sospechas. Es uno de nuestros absurdos más frecuentes: si tiene muchos lectores, *ergo*, el libro es necesariamente fácil, complaciente, débil,

² El grupo Guaire fue un grupo de reflexión y escritura poética de la década de los ochenta, integrado por Rafael Arráiz Lucca, Armando Coll, Javier Lasarte Valcárcel, Leonardo Padrón, Luis Pérez Oramas, Nelson Rivera y Alberto Barrera Tyszka. [N. de las Eds.].

pésimo. La idea de que la calidad estética se puede medir gracias al rechazo de los lectores siempre me pareció un atentado contra la motivación de cualquier escritor: convierte su deseo en una forma de suicidio.

Cuando hoy se habla de un nuevo momento en la literatura en nuestro país, me gusta pensar que, ciertamente, parece que por fin vamos consiguiendo una ruta que supere toda esta vieja e inútil batalla. Hoy hay un encuentro entre escritores y lectores que, en el pasado, tal vez solo se daba de manera esporádica, en algunos casos aislados. En cambio, ahora, no nos extraña que los libros de Inés Quintero sean un *best seller*. O que las novelas de Federico Vegas, Oscar Marcano, Francisco Suniaga o Ana Teresa Torres encabecen las listas de los más vendidos. O que el nuevo libro de relatos de Rodrigo Blanco agote rápidamente su primera edición ... Creo que estamos asistiendo a un momento particular en la profesionalización de la escritura en Venezuela. Y eso, con todos los matices que se les quiera poner, me resulta muy saludable, oxigenante. Ahora me doy cuenta de que he tardado treinta años en encontrar, por fin, una respuesta para el chiste de mi padrino.

3. EL TERRITORIO DE LO LITERARIO

No quisiera terminar sin sumar otro elemento que, en aquella ya reiterada noche cuando dije que *quería estudiar Letras*, ni siquiera sospechábamos. Hace dos semanas, en una entrevista en el periódico *El País*, de España, Philip Roth dijo que *los otros formatos de la comunicación masiva ya le habían ganado la batalla a los libros*. “Las pantallas nos han derrotado” (2008, párr. 12), sentenció, con amargura. Yo de inmediato recordé otras frases de otro escritor norteamericano. En una conferencia, John Cheever, ese atormentado y genial cuentista, en 1972 confesó lo siguiente: “Odio la idea de escribir libros y saber que estoy compitiendo por la atención de un hombre que lee y mira un partido de fútbol al mismo tiempo” (2006, p. 370). Y ahora Roth piensa que la competencia ya se ha perdido:

El problema es que el hábito de la lectura se ha esfumado. Como si para leer necesitáramos una antena y la hubieran cortado. No llega la señal. La concentración, la soledad, la imaginación que requiere el hábito de la lectura. Hemos perdido la guerra. En veinte años, la lectura será un culto. (2008, párr. 14)

Tengo para mí la idea de que, ya, en estos momentos, cada vez leemos menos. Incluso, aunque físicamente leamos el mismo tiempo o más, estamos leyendo menos. Es una paradoja, pero no desea ser un juego de palabras. Cada

vez leemos menos literatura. Cada vez leemos más (no estoy demasiado seguro del término) *actualidad*. Cada vez tenemos acceso —o estamos acorralados— por más información, más novedades, más urgencias. La expresión *estar al día* es el retrato de otra dictadura. En esta dinámica, además, nuestro país es un modelo terrible. Todo el día estamos leyendo periódicos, blogs, correos, análisis, cadenas ... quien deje de leer la actualidad puede extraviarse en este gran abismo que es la historia.

Este exceso de noticias, entonces, este derroche de *verdades necesarias* que supuestamente es imprescindible leer, esta existencia en un mundo cada vez más *comunicado*, no solo ataca al universo ciudadano, al ámbito de *la información*; también se cuele al territorio de lo literario.

Y cito ahora otra entrevista, esta vez con Umberto Eco:

Cuando yo era chico podían llegar a la librería tres libros por mes, hoy llegan mil. Y ya no sabes qué libro importante fue publicado hace seis meses. Eso también es una pérdida de la memoria. La abundancia de información sobre el presente es una pérdida y no una ganancia. (2008, párr. 13)

Todo lo que no sea presente, entonces, puede ser considerado inútil. Las bibliotecas serán, cada vez más, ruinas de la antigüedad: *No deje de venir los sábados a nuestra visita guiada a los libros*. Todo parece estar cambiando. Incluso el sentido de eficacia con relación a la palabra escrita. Junto a nosotros, se construye otra civilización. Su naturaleza es la velocidad. En demasiado poco tiempo, la “g” de Gutenberg se ha empezado a desvanecer ante la “g” de Google. Los siglos de la imprenta han perdido toda su vitalidad ante la diminuta pantallita del teléfono celular. La cultura iconográfica está de vuelta. Nadie sabe cómo será el futuro, aunque todos parecen saber que, de seguro, será un futuro sin lectores.

Yo debo reconocer que, pese a todo, aun frente a este escenario, soy optimista. Sabemos también que, en el fondo, el optimismo es una fuerza profundamente irracional. No importa. Prefiero apostar a que asistimos al comienzo del fin de los libros pero que jamás renunciaremos a la lectura. Quiero decir con eso que es muy probable que, algún día, ya los libros no serán lo que ahora conocemos. Tendrán otra forma. Se materializarán de otra manera. (Casi me siento absurdo. Como si ahora estuviera escribiendo un cuento, como si yo mismo fuera el personaje de un cuento de ciencia ficción que nunca he escrito, que nunca escribiré). Pero que, en cualquier caso, bajo cualquier nuevo formato, la escritura y la lectura seguirán existiendo. Probablemente, varíen nuestras nociones físicas,

las características mismas de los procedimientos, pero la experiencia del contacto vital con la palabra escrita seguirá ahí, intacta, insustituible.

Hace muchos años, cuando yo intentaba comenzar a vivir de lo que había estudiado en la Universidad, me hallé de pronto trabajando como redactor de una agencia de publicidad. De alguna manera, para no perder el hilo inicial de esta charla, me encontré tratando de convertir mis años de estudio en *letras de cambio*.

Una de las cuentas que llevaba la agencia era la del programa Campaña Libertadora de Alfabetización, coordinado por la Asociación Cultural para el Desarrollo (Acude), un programa de alfabetización con el que algunas empresas privadas intentaban mejorar su imagen e implementar lo que todavía no se llamaba *responsabilidad social*. Pasado el tiempo, nos pidieron realizar una cuña que realzara los éxitos obtenidos y celebrara los logros del proyecto. Tuve que ir a un barrio cercano a Puerto Cabello, a entrevistarme con uno de los primeros núcleos pilotos de la campaña alfabetizadora. Fui con todo el fastidio del mundo, mascullando y maldiciendo, con la certeza de que no era necesario conocer la realidad para inventar una pieza publicitaria. Sin embargo, esa tarde me regaló un momento que todavía recuerdo y que le da el título a todo lo que he dicho hoy. Un señora, cercana a los setenta años, dicharachera y vivaz, me contó por qué había entrado al programa. Todas las mañanas en el camino entre su casa y la parada del autobús, siempre veía a un vecino con un periódico en la mano. A veces, también, lo veía con un folleto o con un libro. Lo veía serio, concentrado, o triste o sonreído. Lo veía en acción. *Yo quería saber. Yo necesitaba saber* —me dijo— *cómo era eso de hablar con un papel*.

Jamás he podido olvidar esa frase, concebida desde el analfabetismo. La imagen de la lectura como conversación activa es tan poderosa. Me parece, además, casi un espejo cervantino, otra imagen del infinito poder transformador de las palabras. Ahí, quizás, respiran todo el misterio y todo el secreto de nuestra batalla. Leer es vivir más. ¿Cómo y por qué, entonces, vamos a renunciar a nuestra propia existencia?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CANETTI, E. (2000). *Apuntes 1973-1984*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- CHEEVER, J. (2006). *Diarios*. Barcelona: Emecé.
- ECO, U. (2008). El que se sienta totalmente feliz es un cretino. Disponible en http://www.elpais.com/articulo/portada/sienta/totalmente/feliz/cretino/elpepusocep/20080330elpepspor_8/Tes [consulta: 30 de marzo de 2008].
- LASARTE VALCÁRCEL, J. (2005). *Al filo de la lectura. Usos de la escritura, figuras de escritor en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Cecilio Acosta y Equinoccio.
- LICHTENBERG, G. C. (2000). *Aforismos, ocurrencias y opiniones*. Madrid: Valdemar.
- NAIPAUL, V. S. (2004). Ciclo de Entrevistas: V. S. NAIPAUL (Parte I). Disponible en <http://maxvergarapoeti.blogspot.com/2008/01/ciclo-de-entrevistas-vs-naipaul-parte-i.html> [consulta: 25 de enero de 2008].
- REYES, A. (1963). *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria*, vol. XV. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- ROSSI, A. (1999). *Cartas credenciales*. México, DF: Joaquín Mortiz-Planeta.
- ROTH, P. (2008). Las pantallas nos han derrotado. Disponible en http://www.elpais.com/articulo/portada/pantallas/nos/han/derrotado/elpepusocep/20080323elpepspor_6/Tes [consulta: 23 de marzo de 2008].
- VERNE, J. ([1865] 1969). *De la tierra a la luna. Viaje alrededor de la luna*. Madrid: Plaza y Janés.

